

El año sombrío

Jeffrey Ford

Traducción de Raúl Sastre Letona



Libros publicados de Jeffrey Ford

1. La niña del cristal
2. El retrato de la señora Charbuque
3. El año sombrío

Título original: *The Shadow Year*

Primera edición

© Jeffrey Ford, 2008

Ilustración de portada: © Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-703-9 Depósito legal: B-

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 6

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedicado a Jim, Mary y Dool, cuyo amor fue la luz
que iluminó los años sombríos.

Los ojos

Todo comenzó durante los últimos días de agosto, cuando las hojas del olmo del jardín se habían enrollado hasta convertirse en unos ovillos secos y marrones que, caídos al suelo, ensuciaban el césped. Esa tarde, me senté al borde de la acera, esperando a que el señor Softee apareciera en la esquina de la parte de arriba de la avenida Willow, escuchando atentamente el sonido lastimero de una campana que tocaba a muerto, cuyo tañido medido era tanto una promesa de un helado como una sensación de remordimiento. Cogí en cada mano una hoja caída y cerré ambos puños. En cuanto abrí las manos, unas migajas marrones cayeron de ellas y se esparcieron por la carretera a mis pies. Si hubiera estado esperando la llegada de ese extraño y mágico año, quizá hubiera entendido que esos despojos desmenuzados simbolizaban el final de algo. En vez de eso, aguardé a los ojos.

Aquella mañana, al salir de casa, el cielo azul estaba despejado; después, había atravesado el bosque y cruzado las vías del tren que se alejaban de la ciudad, donde el tercer raíl siseaba, agazapado, como una serpiente, a la espera de la aparición de un tobillo errante. Luego, busqué junto a la carretera que se encontraba cerca de la fábrica, justo detrás del colmado, y por toda la calle envases de vidrio en cuantos cubos de basura hallé abiertos, y en contenedores y esquinas olvidadas. Al final, di con los cascos de tres botellas de gaseosa y de una de leche de unos dos litros. Las entregué en el colmado, donde me dieron un cuarto de dólar a cambio.

A lo largo de todo el verano, el señor Softee había mantenido esta promoción: con cada compra de veinticinco centavos o más, te daba un cromó que en su anverso tenía el retrato de un ser con rostro de

gofre cubierto de crema (el mismo que estaba pintado en el lateral de la camioneta) y en su reverso, una pieza de un rompecabezas que, unida a la de los otros siete cromos de la colección, componía la misma imagen del anverso, solo que ocho veces más grande. Yo ya había conseguido las solapas azules y la corbata de lazo roja, los labios de azúcar y cucurucho que formaban una risa de un blanco puro y un gran cerebro de vainilla con un poquito de nata en la coronilla. Sin embargo, seguía sin tener los ojos.

Si completabas el rompecabezas, ganabas el Softee Especial, que era como ver todas las atracciones de Coney Island condensadas en un solo plato de plástico. Aquel helado especial constaba de cuatro raciones de nata batida Softee, una capa de chocolate, sirope de caramelo, un puñado de nubes, nueces, diversos confites de colores llamativos espolvoreados, pasas, M&M, coco rallado, plátano y todo ello coronado con una cereza en la cumbre. Además, no podías comprar el Softee Especial; tenías que ganártelo, o eso decía Mel, quien, con el paso de los años, había acabado siendo conocido como Softee.

De vez en cuando, Mel intentaba ser agradable, pero creo que le amargaba la vida el hecho de tener que llevar un barco de papel a modo de sombrero todos los días. También llevaba una corbata azul de lazo, una camisa blanca y pantalones blancos. Tenía una cara larga y angulosa y, a veces, cuando le pedían las cosas demasiado rápido y los niños no tenían el cambio correcto, daba la impresión de que la parte inferior de la cara se le derretía lentamente, como un helado bañado en sirope tirado en una cuneta. De sus largas orejas sobresalían unos enormes pelos, de tal modo que daba la sensación de que su cráneo contenía todo un seto de esos pelajos, y los cristales de sus gafas tenían algunas imperfecciones como los diamantes. Con la voz como surgida directamente de su congelador, solía llamar «ricuras» a mi hermana, Mary, y a las demás niñas.

Al principio de aquel verano, una tarde, a última hora, mi hermano Jim me preguntó:

—¿Quieres saber dónde vive Softee? —A continuación, nos subimos a nuestras bicis. Lo seguí por Hammond Lane, dejamos atrás la zapatería y el instituto, y ascendimos por Nuestra Señora de Lourdes. Después de pedalear media hora, se detuvo frente a una casita. Mientras frenaba, señaló a aquel lugar y dijo—: Menudo estercolero.

La camioneta de Softee estaba aparcada en un solar desolado que se encontraba junto a su casa. Recuerdo que se trataba de un edificio de una sola planta cubierta de hiedra, que no era mucho más grande que un garaje de un tamaño generoso. Las tablas de madera mostraban sus rayas, como si fueran una cebra, a través de una pintura blanca desvaída. Resultaba obvio que una lluvia de meteoritos había alcanzado la entrada. No había ninguna luz encendida en la casa y pensé que eso era bastante raro porque tras aquellos árboles podía atisbarse ya la luz de variados colores del crepúsculo.

—No estará ahí dentro a oscuras, ¿verdad? —le pregunté a mi hermano.

Jim se limitó a encogerse de hombros al mismo tiempo que se volvía a montar en la bici. Acto seguido, trazó dos grandes círculos a mi alrededor y bajó la calle a gran velocidad, gritando lo más fuerte que pudo: «¡Softee es un mierda!». Como volvíamos a casa en plena noche, y mi hermano sabía que si él no me guiaba, me perdería, se puso a pedalear lo más rápido que pudo.

Durante todo el verano, nos habíamos olvidado de las campanitas de Bungalow Bar y Good Humour¹ para intentar ganar la promoción de Softee. Aun así, para finales de julio, todos los chavales de la manzana tenían dos rompecabezas prácticamente acabados, aunque nadie tenía los ojos. Le había oído decir a Tim Sullivan, quien vivía en la urbanización situada en la otra punta del campo de la escuela, que los niños de allí un día se hartaron y se abalanzaron sobre la camioneta, saltaron a su interior, se colgaron de la barra que sostenía el espejo retrovisor e invadieron el sitio del conductor, mientras gritaban: «¡Danos los ojos! ¡Danos los putos ojos!». Cuando Softee fue a por ellos, el hermano de Tim, Bill, saltó hasta alféizar de la ventanilla por la que Softee atendía a sus clientes, se adentró en su santuario, abrió el congelador y empezó a lanzar tarrinas de helado a los chavales que se encontraban en la cuneta de la carretera.

A pesar de que a Softee se le cayeron las gafas en medio de la refriega, el sombrero no se le movió de su sitio. Además, les gritaba: «¡Sois unos pequeños hijos de la gran puta!», mientras le hacían correr una y otra vez de la zona del conductor a la del compartimento donde servía a los

¹ N. del t.: Bungalow Bar y Good Humour eran unas marcas de helados que se vendían en las calles de Estados Unidos en camionetas.

clientes. Al final, Mel cogió un par de puñados de cromos y los lanzó a la calle. «Los niños se abalanzaron sobre ellos como moscas a la mierda», afirmó Tim. Para cuando se dieron cuenta de que no había ni un solo cromo con ojos, Softee ya había dejado de hacer sonar su campanilla y estaba doblando la esquina en total silencio.

Sin embargo, se me ocurrió una teoría ese día de finales de verano, cuando me encontraba en la cuneta, esperando. Igual Softee había estado reservando esos cromos para cuando se acercase el final del verano. Si estaba en lo cierto, quizá a lo largo de esos últimos días antes de que diera comienzo el colegio, antes de que dejara de hacer su ruta hasta la primavera siguiente, algún niño se hiciera con esos ojos. Tenía depositada mucha fe, mucha más de la que había tenido nunca en la iglesia, de que algo especial me iba a pasar ese día. Y así fue, pero no tuvo nada que ver con los helados. Me quedé sentado ahí, en la cuneta, esperando, hasta que el sol se puso y mamá me llamó para que fuera a cenar. Softee nunca volvió a aparecer; sin embargo, al final, todos conseguimos aquellos ojos.

¿Habrá payasos?

Mi madre era mejor pintora que cocinera. Me encantaba el retrato que le había hecho a mi padre vestido de traje (con un fondo rojo oscuro y una expresión distante en su rostro), pero no me gustaban demasiado sus espaguetis con tomate.

Se encontraba en la cocina frente un gran perol lleno de espaguetis, con un vaso de jerez en una mano y en la otra un cigarrillo encendido del que pendía un trozo de ceniza de medio centímetro. Cuando se volvió y me vio, me dijo: «Ve a lavarte las manos». Al instante, atravesé el pasillo y me dirigí hacia el baño y, por el rabillo del ojo, observé que la ceniza caía en el perol. Antes de abrir la puerta del baño, la escuché murmurar: «¿Será posible...?», seguido de los chapoteos que se solían oír cuando batía aquella masa naranja.

Cuando salí del baño, me encomendó la tarea de mezclar la leche en polvo y de servir a cada uno de nosotros (o sea, a los niños) un vaso. Al final de la comida, habría tres vasos repletos de leche sobre la mesa. Por desgracia, todavía recordábamos cómo era la leche de verdad. Aquella mezcla sabía como a col en salmuera y parecía agua con tiza, pero con una capa de espuma encima. Solo estaba ahí por estar. Mientras nadie mencionase que sabía horrible, mamá no nos obligaba a beberla.

Las paredes del comedor estaban forradas con un revestimiento granuloso, cuyos puntitos siempre me habían recordado a unos rostros gritando. Jim se sentó frente a mí, y Mary, a mi lado. Mi madre se sentó al otro extremo de la mesa bajo la ventana abierta.

—Están de rechupete —afirmó Jim, añadiendo toda la margarina que le cupo en el cuchillo a su plato.

Lo cierto era que en cuanto aquella sustancia naranja comenzaba a enfriarse, necesitaba una lubricación constante.

—Calla y come —replicó mamá.

Mary no dijo nada. Pude apreciar por la forma en que asintió en silencio que, en aquel momento, era Mickey.

—Softie no ha aparecido hoy —dije.

Mi hermano alzó la vista y me miró, negando con la cabeza, decepcionado.

—Estará por ahí atrapado en la nieve, en alguna cuneta —le dijo a mamá.

Mamá se rió en silencio e hizo un gesto con el brazo, como si matara una mosca invisible en el aire, en su dirección.

—Debes tener fe —aseguró—. La vida es muy hija de puta.

Entonces, dio una calada al cigarrillo y un sorbo al vino, y Jim y yo ya nos imaginamos qué era lo siguiente que iba a soltar.

—Cuando todo mejore —aseveró—, creo que nos tomaremos unas buenas vacaciones.

—¿Podremos ir a las islas Bermudas? —preguntó Jim.

En medio de la neblina mental que le había provocado el vino, mamá vaciló un instante, ya que no estaba muy segura de si mi hermano estaba siendo sarcástico; Jim era capaz de mantenerse imperturbable aunque dijera la mayor de las barbaridades.

—Justo ahora estaba pensando en las Bermudas —contestó.

Lo sabíamos, porque, una vez a la semana, cuando llegaba al nivel justo de embriaguez, siempre estaba pensando en lo mismo. Las cosas habían llegado hasta tal punto que cuando Jim quería que le hiciera un favor y yo le preguntaba cómo pensaba devolvérmelo, me decía: «No te preocupes, te llevaré a las Bermudas».

Mamá nos hablaba del agua que había allí, tan azul y tan cristalina que se podía observar el fondo y ver grupos de mantarrayas moviendo sus aletas a cien metros de profundidad. Nos hablaba de esas playas de arenas blancas con palmeras meciéndose bajo la suave brisa y nos describía el aroma de las flores silvestres. Nos prometía que dormiríamos en hamacas en la playa, que comeríamos piñas que abriríamos a machetazos, que nadaríamos en lagunas y jugaríamos en la orilla, entre las caracolas, los erizos de mar, los dientes de los tiburones y los doblones de oro de galeones que naufragaron hace mucho tiempo.

Esa noche, como era habitual, nos volvió a hablar de todo aquello con todo lujo de detalles, de tal modo que incluso Jim se quedó escuchándola con los ojos medio cerrados y la boca medio abierta.

—¿Habrá payasos? —preguntó Mary, utilizando su voz de Mickey.

—Claro —contestó mamá.

—¿Cuántos? —insistió Mary con su voz normal.

—Ocho —respondió mamá.

Mary asintió como si así aprobara la respuesta y volvió a ser Mickey.

En cuanto regresamos de las Bermudas, llegó el momento de recoger los platos y fregar. Con los restos que quedaban en el perol, mi madre logró llenar un plato con espaguetis para que comiera papá cuando volviera del trabajo, que envolvió en papel de aluminio y colocó en el centro del fuego donde se mantendría caliente. El resto de las sobras eran siempre para George, el perro. Después, mamá fregó los platos sin dejar de fumar y beber en ningún momento. Jim los secó, yo los coloqué en su sitio y Mary hizo recuento de todo una decena de veces.

Cinco años antes, el garaje de nuestra casa se había reformado para convertirse en un apartamento. Mis abuelos, la yaya y el yayo, vivían ahí. Una puerta separaba nuestra casa de sus habitaciones. Aquella noche, llamamos a la puerta, y la yaya nos dijo a voz en grito que podíamos entrar.

El yayo sacó su mandolina y tocó unas cuantas canciones: *Apple Blossom Time*, *Show Me the Way to Go Home*, *Good Night*, *Irene*. Mientras tocaba, la yaya troceaba coles en una tabla de madera que tenía una pequeña guillotina que se podía manejar con una sola mano. Entretanto, mamá se balanceaba en la mecedora mientras bebía y cantaba. El trino de aquel instrumento de cuerdas dobles que acompañaba la voz de mi madre me resultaba muy hermoso.

Sobre una mesita, en la zona de su diminuta cocina, Mary se sentó junto a la Laredo, la máquina de liar cigarrillos. Mis padres no compraban cajetillas, sino que tenían aquella máquina en la que había que meter el papel de liar y un montón de tabaco suelto que sacábamos de un bote. En cuanto todo estaba preparado, solo había que accionar una palanquita arriba y abajo y ¡tachán! Era un proceso nada fácil, ya que había que utilizar la cantidad exacta para que los cigarrillos aguantaran y el tabaco no acabara cayéndose por un extremo.

Cuando mis padres compraron la Laredo, Mary observó atentamente cómo la manejaban. Enseguida se convirtió en una experta en medir la cantidad que había que meter de ese tabaco marrón de liar y cómo había que espolvorearlo sobre aquel crepitante papel blanco para después darle a la palanca. Pronto se hizo con el puesto de liadora oficial

de cigarrillos. En cuanto se ponía a ello, era una auténtica máquina de fabricar pitillos; el yayo la llamaba la R. J. Reynolds. Aunque él no fumaba esa marca, sino Lucky Strikes, y solía beber Old Grand-Dad,² lo cual le venía que ni pintado.

Mientras tanto, Jim y yo veíamos la tele sin volumen. Dick Van Dyke ponía caras raras, se movía como si estuviera hecho de goma y se daba batacazos en blanco y negro, en perfecta sincronía con el son de *Shanty Town* y *I'll Be Seeing You*. Aunque el yayo y mamá no estuvieran tocando y cantando, no nos habríamos atrevido a subir el volumen de la tele, ya que el yayo odiaba a Dick Van Dyke más que a nadie en el mundo.

²N. del t.: Old Grand-Dad quiere decir «abuelo viejo» en inglés.

El año sombrío

Mi habitación se encontraba a oscuras, y aunque a lo largo del día había mantenido una buena temperatura, una gélida brisa de finales de verano llegaba ahora a través de la malla metálica de la ventana abierta. La luz de la luna que también se filtraba por ella dibujaba un rectángulo luminoso en aquel suelo pintado, desprovisto de alfombra. Desde la calle, me llegaba el ruido del traqueteo del filtro de la pequeña piscina de los Farley, que vivían junto a nosotros, y bajo ese ruido, se escuchaba el repiqueteo de las garras de George sobre el linóleo de la cocina en la planta de abajo.

Jim estaba dormido en su habitación al otro lado del pasillo. Debajo de nosotros, Mary también se encontraba dormida, aunque, sin duda alguna, eso no era impedimento para que le susurrara las tablas de multiplicar a su almohada. Podía imaginarme a mi madre, en la habitación contigua a la de Mary, tumbada en la cama, con la luz de leer encendida, la boca abierta, los ojos cerrados y el grueso tomo de tapas rojas de las historias de Sherlock Holmes, con la silueta en relieve del detective en el lomo, abierto y apoyado sobre su pecho. En el caso de los yayos, sin embargo, solo era capaz de imaginarme su dormitorio a oscuras, en el que una botellita reluciente de agua de Lourdes con forma de Virgen María reposaba sobre su tocador.

Estaba pensando en el libro que había estado leyendo antes de apagar la luz: otro tomo más de la serie que narraba las aventuras de Perno Shell. Este, en concreto, trataba sobre una inundación (como el diluvio que sufrió Noé) que había provocado que el viejo edificio de apartamentos de madera donde vivía Shell se separara de sus cimientos, de tal modo que él y los demás inquilinos acabaron navegando sobre el gigantesco océano del mundo, viviendo aventuras.

Los libros de Shell eran todo un misterio, ya que cada uno de ellos venía firmado por un autor distinto, y a veces incluso los publicaban editoriales distintas, pero únicamente había que leer unas cuantas páginas para saber que estaban escritas por la misma persona. El problema consistía en dar con ellos en las estanterías de las bibliotecas, ya que los libros se ordenaban alfabéticamente, según el apellido del autor. Lo cierto es que nunca habría descubierto esos libros si no hubiera sido por Mary.

De vez en cuando, le leía fragmentos del libro que en ese momento estuviera leyendo. Nos sentábamos en un rincón del patio trasero junto a la valla, en un cenador de forsitias. Un día, entre aquellas flores amarillas, le leí un fragmento del libro de Shell que acababa de coger de la biblioteca: *Las estrellas del firmamento*, de Mary Holden. Contenía varias ilustraciones, una por capítulo. Cuando acabé de leer, le entregué el libro para que pudiera echar un vistazo a los dibujos. Mientras lo hojeaba, se lo acercó a la cara, lo olió y me dijo: «Huele a humo de pipa». Por aquella época, mi padre fumaba en pipa alguna vez que otra, así que conocíamos aquel aroma. Le quité el libro y lo olí de cerca; tenía razón, pero no se trataba del mismo tabaco que fumaba papá. Se trataba de un aroma más antiguo y oscuro, una especie de cruce entre el olor de un caballo y el de una manta de lana mohosa.

Mary solía acompañarme cuando iba a la biblioteca del centro de la ciudad. Rara vez decía alguna palabra en todo el paseo, pero unas semanas después de que hubiera devuelto *Las estrellas del firmamento*, se me acercó mientras yo andaba rebuscando entre cuatro grandes montones de libros yacentes en esa zona difusa que se encuentra entre la sección para niños y la sección para adultos. De repente, sentí que Mary me tiraba de la camisa, y cuando me giré, me entregó un libro: *El enorme iglú*, de Duncan Main.

—Huele a humo de pipa —me dijo.

Abrí aquel tomo por su primera página y leí: «Perno Shell tenía miedo a las alturas y era incapaz de recordar, por mucho que lo intentara, por qué había accedido a viajar en ese zepelín que ahora sobrevolaba su cabeza». Se trataba de otra novela de Perno Shell escrita por otro autor distinto. Alcé el libro, olí las páginas y asentí.

Esa noche quería que Perno Shell permaneciera en mi imaginación hasta que me durmiera, pero pronto dejé de pensar en él en cuanto se apoderó de mi mente el tema principal de todas las noches que permanecía despierto en la oscuridad; me refiero a la muerte. Teddy

Dunden, un chico dos años más joven que yo y dos años mayor que Mary, que había vivido en nuestra manzana, había sido atropellado por un coche en la carretera de Montauk una noche de finales de primavera. El conductor estaba borracho y se subió a la acera. Según su hermano, tras recibir el golpe, Teddy se elevó nueve metros en el aire. Siempre he intentado imaginármelo: dos veces más que la altura de una canasta de baloncesto. Tuvimos que ir a su velatorio. Y aunque el cura afirmó que había encontrado la paz, no tenía mucha pinta de que fuera así. Cuando lo vi en el ataúd, tenía la piel amarillenta, la cara hinchada y un rictus amargo dibujado en la boca.

A lo largo de todo el verano, Teddy solía abandonar su lugar de descanso bajo tierra para atormentarme. Me lo imaginaba despertándose de repente, arañando la tapa de su féretro como en esa historia que Jim me había contado una vez. Por las noches, temía encontrarme con su fantasma en plena calle cuando sacaba a pasear yo solo a George para dar una vuelta por la manzana. Cuando me detenía bajo alguna farola, escuchaba con mucha atención los ruidos nocturnos, y el temor se iba adueñando de mí hasta que me estremecía y no podía soportar más esa sensación; entonces, me iba corriendo a casa. En el solitario patio trasero al ponerse el sol, en el bosque envuelto en sombras que se encontraba tras el campo de la escuela, en un rincón de mi habitación de noche, Teddy Dunden me esperaba, celoso y furioso.

Aquella noche, George subió por las escaleras, abrió la puerta de mi dormitorio de un empujoncito, y se quedó junto a mí. Me miró con su rostro velludo y, al instante, se subió a la cama. A pesar de que era un perrito schnauzer sin pedigrí, no sabía qué era el miedo, y tenerlo a mi lado calmaba en parte mis temores. Poco a poco, me fui quedando dormido. Entonces, recordé haber estado jugando con las olas en Fire Island, pero ese recuerdo se fue volviendo borroso a medida que me deslizaba hacia las profundidades del sueño. Me encontré cayendo desde una gran altura y me desperté al escuchar unos ruidos que indicaban que papá había vuelto del trabajo. La puerta principal se cerró calladamente. Pude oír que deambulaba por la cocina. George se levantó y se marchó.

Pensé en bajar a saludarlo. La última vez que lo había visto había sido el fin de semana anterior. Las facturas lo obligaban a tener tres trabajos: uno de operario a tiempo parcial a primera hora de la mañana, luego iba a su trabajo normal de fresador, y por las noches tenía otro trabajo más a tiempo parcial como conserje en unos grandes almacenes.

Todas las mañanas se iba de casa antes de que el sol saliera y no regresaba hasta que prácticamente era ya medianoche. A lo largo de la semana, podía oler un poco a aceite de máquinas aquí y allá, en los cojines del sofá, en una toalla del baño, era como si un fantasma dejara leves rastros de su presencia.

Al final, dejé de oír el ruido de la puerta del frigorífico al abrirse y cerrarse continuamente y del agua del grifo al correr, y me di cuenta de que, en ese momento, debía de estar en el comedor, dando buena cuenta de su plato de espaguetis, leyendo el periódico bajo la luz que salía de la cocina. Oí que pasaba esas páginas enormes, que el tenedor chocaba contra el plato, que encendía una cerilla y, entonces, ocurrió. Un grito agudo de mujer se escuchó en la calle, fue tan potente que rasgó la noche de tal modo que el año sombrío se coló por ella. Al instante, me estremecí, cerré con fuerza los ojos y me enterré bajo las mantas.

El mirón

A la mañana siguiente, cuando bajé las escaleras, vi que la puerta de los yayos estaba abierta. Asomé la cabeza y vi a Mary sentada a la mesa de aquella pequeña cocina donde la noche anterior había estado liando cigarrillos. Estaba desayunando un cuenco de Cheerios. El yayo estaba sentado, como era habitual, junto a ella. Tenía extendido el periódico delante de él, abierto por la sección de hípica. Iba anotando números con un lápiz en los márgenes, mientras murmuraba una lista infinita de razas de caballos, nombres de jinetes, pesos, velocidades, condiciones de las pistas, las claves de lo que él denominaba «el sistema McGinn», al que había bautizado con su apellido. Mary asentía cada vez que el yayo añadía un nuevo factor a la ecuación.

Mamá salió del baño situado al final del pasillo de nuestra casa y, entonces, yo me di la vuelta. Iba vestida para ir a trabajar con su uniforme turquesa y llevaba esa insignia con forma de gran estrella que tanto recordaba a una vidriera. De inmediato, me acerqué a ella, y mamá a su vez me rodeó con un brazo, envolviéndome así en una nube de perfume que olía tan fuerte como la pólvora; después, me besó en la cabeza. Nos fuimos a la cocina, donde me preparó un cuenco de cereales con esa leche tan rara que nos solía preparar, que no sabía tan mal de esa manera, ya que nos permitía echarle azúcar. Después, me senté en el comedor, y mamá se me unió con una taza de café en la mano. La luz del sol atravesaba la ventana situada a sus espaldas. Entonces, encendió un cigarrillo y se acercó el cenicero arrastrándolo.

—El viernes es tu último día de vacaciones —me dijo—. Será mejor que lo aproveches. El lunes tienes que volver al colegio.

Mi única respuesta fue asentir con la cabeza.

—Ten cuidado con la gente que no conoces —añadió—. La señora Conrad, la vecina de al lado, me ha llamado esta mañana. Me ha contado que anoche vio a un tipo mirándola por su ventana. Se estaba poniendo el camión cuando se giró y vio un rostro en la ventana.

—¿Gritó? —pregunté.

—Dice que le metió un susto de cojones. Jake estaba en la planta de abajo viendo la tele, se puso de pie de un salto y salió corriendo a la calle, pero quienquiera que fuera ese tipo, se había esfumado ya.

Entonces, Jim apareció en la sala de estar.

—¿Creéis que la vio en pelotas? —preguntó.

—Entonces se llevó el castigo que se merecía —contestó mamá, aunque rápidamente añadió—: No repitáis lo que acabo de decir.

—Pues yo anoche escuché ese grito —dije.

—Quienquiera que fuera ese mirón utilizó la vieja escalera que el yayo guarda en el patio trasero. La apoyó contra el muro de la casa de los Conrad y se subió hasta la ventana del segundo piso. Así que, vayáis donde vayáis hoy, tened los ojos bien abiertos por si os encontráis con algún tío raro.

—Eso quiere decir que estuvo en nuestro patio trasero —comentó Jim.

Mamá le dio una calada al cigarrillo, y luego asintió y añadió:

—Supongo que sí.

Antes de marcharse a trabajar, nos dio una lista con las tareas que debíamos hacer durante aquel día: sacar a pasear a George, limpiar nuestras habitaciones, cortar el césped de la parte de atrás de la casa. Después, nos besó a Jim y a mí, y se fue al cuarto de los yayos a besar a Mary. La vi sacar el coche del camino de entrada a casa. En ese instante, Jim se acercó y se quedó junto a mí, al lado de la ventana.

—Un mirón —dijo, con una sonrisa en los labios—. Será mejor que lo investiguemos.

Media hora después, Jim, Mary y yo, junto con Franky Conrad, nos recostábamos entre las forsitias.

—¿El mirón vio a tu madre en pelotas? —le preguntó Jim a Franky.

En ese momento, Franky, que llevaba un peinado clavado al de Curly de Los tres chiflados,³ se rascó la cabeza con sus dedos rechonchos y torpes.

³ N. del t.: Los tres chiflados fue un grupo cómico estadounidense muy popular, que estuvo en activo (con varias formaciones) desde 1922 a 1970. Curly llevaba el pelo muy corto, casi rapado.

—Eso creo —respondió, poniendo mala cara.

—Entonces se llevó el castigo que se merecía —afirmó Jim.

—¿Qué quieres decir? —lo interrogó Franky.

—Piensa en el culo que tiene tu vieja —contestó Jim, riéndose.

Franky permaneció sentado en silencio durante un segundo y, entonces, dijo mientras asentía con la cabeza:

—Ya.

Acto seguido, Mary sacó un cigarrillo liado con la Laredo y lo encendió. Siempre robaba un par de ellos cuando los liaba. Nadie se lo habría imaginado viniendo de ella. Aunque, en cierto modo, Mary era una granujilla. Sabía perfectamente que Jim se habría chivado si yo me hubiera fumado un pitillo, pero a ella lo único que le dijo fue:

—No crecerás si fumas eso.

Mi hermana le dio una calada y replicó con un tono de voz carente de emoción:

—¿Será posible...?

Jim, como jefe de la pandilla que era, nos explicó cuál era su plan.

—Yo seré el detective que investigue el caso y vosotros seréis mi equipo.

A continuación, me señaló y dijo:

—Tienes que tomar nota de todo. Debes dejar constancia de todo lo que pase. Te voy a dar un cuaderno. Y no seas vago.

—Vale —repliqué.

—Mary, tú harás el recuento de todas las mierdas que encontremos —le ordenó—. Y no quiero saber nada sobre Mickey.

—Ahora mismo estoy contando —dijo con su voz de Mickey, mientras asentía con la cabeza.

Todos estallamos en carcajadas menos ella.

—Franky, tú serás mi mano derecha. Harás todo cuanto te diga, joder.

Franky se mostró de acuerdo y, entonces, Jim nos dijo que lo primero que teníamos que hacer era buscar pistas.

—¿Te ha explicado tu madre cómo era la cara de ese mirón? —preguntó.

—Me dijo que no lo conocía de nada, que parecía un fantasma.

—Podría ser un vampiro —sugerí.

—No era un vampiro —replicó Jim—. Era un perverso. Si vamos a hacer esto bien, tenemos que actuar como unos científicos. Los vampiros no existen.

En primer lugar, fuimos a investigar el escenario del crimen. Bajo la ventana del dormitorio de la segunda planta de los Conrad, en el lado de su casa más cercano a la nuestra, hallamos una buena huella. Era grande, mucho más grande que cualquiera de las nuestras, y en la parte de atrás mostraba un diseño repleto de líneas y círculos.

—¿Lo ves? —preguntó Jim, a la vez que se agachaba y señalaba aquel diseño.

—Es de una playera —contesté.

—Sí —replicó.

—Creo que son unas Keds —afirmó Franky.

—¿Y qué indica esta huella? —lo interrogó Jim.

—¿Qué? —inquirió Franky.

—Bueno, es muy grande para ser de un niño, pero los mayores no suelen llevar playeras. Podría tratarse de un adolescente. Será mejor que la conservemos por si la poli viene a investigar.

—¿Tu padre ha llamado a la poli? —pregunté.

—No. Dijo que si alguna vez pillaba a ese hijo de puta, le pegaría un tiro él mismo.

He de reconocer que extraer esa huella nos costó casi media hora; con mucho cuidado, fuimos quitando la tierra de alrededor y excavamos por debajo de ella con una pala. Fuimos a la puerta lateral de la parte de la casa de la tía y le preguntamos si podía prestarnos una caja. Al final, nos dio una sombrerera redonda y rosa en cuya tapa estaban dibujados un caniche y la torre Eiffel.

Entonces, Jim le dijo a Franky:

—Lleva esa sombrerera como si dentro hubiera nitroglicerina.

Nos la llevamos al patio trasero de nuestra casa y la dejamos en el cobertizo, junto a la valla, donde guardábamos las herramientas. Cuando Franky le buscó un sitio en una estantería de madera junto a los botes de insecticida, Mary dijo:

—Uno.

A Dios pongo por testigo

La yaya nos preparó la comida en cuanto sonó la sirena de los bomberos al mediodía. Nos la sirvió en nuestra parte de la casa en la mesa del comedor. Sus sándwiches siempre llevaban mantequilla, daba igual qué más hubiera dentro de ellos. A veces, como aquel día en particular, hacía sándwiches solo de mantequilla con azúcar. También comimos sopa de cebada. De vez en cuando, nos hacía pudín de chocolate (de esos que llevan una capa crujiente de un par de centímetros por encima), aunque normalmente el postre era un trozo de bizcocho.

La yaya tenía el pelo gris y estropajoso como George, llevaba unas enormes gafas bifocales y tenía un lunar marrón en la sien que recordaba a una pasa aplastada. Era de pequeña estatura, tez morena y arrugada, y las sedosas líneas negras de las comisuras de su labio superior hacían que me recordase, a veces, a un rey mono antiguo. Cuando se tiraba un pedo de pie, levantaba la pierna izquierda hacia atrás y decía: «Le he disparado en los pantalones. El abrigo y el chaleco son míos».

Todas las mañanas rezaba el rosario y, por las tardes, cuando las señoras del vecindario venían a tomar vino en tazas de té, les leía el futuro en las cartas.

Todos los días de ese verano, en el almuerzo, además de obsequiarnos con sándwiches de mantequilla, nos regalaba una historia sobre su vida. El primer día de nuestra investigación, nos contó una historia de su infancia en Whitestone, donde su padre había sido editor del periódico local; donde los caballos tiraban de los camiones de bomberos; donde Moishe Pipik, el hombre más fuerte del mundo, desayunaba doce huevos crudos todas las mañanas; donde Clementine Chrente, cuyo pelo era una cascada dorada, se enamoró de un ciego que no podía

ver su belleza, y donde Mel Hardy, alias el Pedorro, un vagabundo trotamundos, tocaba el arpa y cantaba: «Me cago en el canto del gallo». Todos aquellos acontecimientos, más o menos importantes, ocurrieron en un lugar muy concreto de esa localidad, en los alrededores de la colina de la Cabra.

—Así que tenemos un merodeador nocturno —dijo la tía después de contarle lo de la huella que habíamos encontrado y guardado en su sombrero rosa—. Hace tiempo, vivía en Whitestone un hombre llamado Weeks que era nuestro vecino. El señor Weeks tenía una hija, Louqueer, que iba al mismo curso que yo en la escuela.

—¿Louqueer? —repitió Jim, y tanto él como yo nos echamos a reír.

Mary alzó la vista y dejó de contar los granos de cebada que había en su sopa con la intención de descubrir qué era eso que tenía tanta gracia.

La tía sonrió y asintió.

—Era una chica un poco rara. Se pasaba todo el tiempo contemplándose en un espejo. No es que fuera vanidosa, sino que estaba buscando algo. Su madre le contó a mi madre que por las noches se despertaba ahogándose, con la cara completamente azul, tras haber soñado que se estaba tragando un dedal.

—Ese no era su verdadero nombre —objetó Jim.

—A Dios pongo por testigo de que ese era su nombre —replicó la tía—. Su padre cogía el tren todos los días para ir a trabajar a la ciudad y no volvía a casa hasta altas horas de la noche. Siempre se subía al último tren que paraba en Whitestone, justo antes de la medianoche, e iba de la estación a casa dando tumbos, borracho, por las calles de nuestro pueblo. Se decía que cuando se emborrachaba en el bar, era el alma de la fiesta, y no le preocupaba nada en el mundo, pero que cuando se emborrachaba en casa, pegaba a su mujer y la insultaba.

»Una noche cerca de Halloween, se bajó del tren en la estación de Whitestone. El viento soplaba con fuerza y hacía frío, y la estación estaba vacía salvo por él. Pero, entonces, cuando se dirigía a las escaleras que llevaban a la calle, escuchó un ruido semejante a una voz en el ulular del viento. «OOOOoooo», sí, así era como sonaba. Se dio la vuelta y en el extremo opuesto del andén vio a un fantasma gigantesco, de dos metros y medio de altura, meciéndose con la brisa.

»Se llevó un susto de muy señor mío y huyó a casa gritando. Al día siguiente, que era sábado, le contó a mi padre que la estación de tren estaba encantada, y mi padre publicó esa noticia a modo broma. Nadie creyó al señor Weeks, porque todo el mundo sabía que era un borracho. Aun así, intentó convencer a la gente y les juraba que era verdad; afirmaba que estaba seguro de que lo que había visto era real.

»Al viernes siguiente, de camino a la ciudad, le contó a uno de nuestros vecinos, al señor Laveglia, que solía coger el mismo tren por las mañanas, que ese fantasma se le había aparecido en la estación tanto la noche del lunes como la del miércoles y que ambas veces había gritado su nombre. A esas alturas, Weeks era un manojo de nervios que tartamudeaba y temblaba mientras relataba sus últimos encuentros con aquel espectro. El señor Laveglia nos comentó que Weeks se encontraba al borde de un ataque de histeria, y que antes de bajarse del tren en la ciudad, este se le acercó y le susurró al oído que tenía un plan para enfrentarse a esa aparición. El señor Laveglia añadió que a pesar de que eran las ocho en punto de la mañana, pudo percibir que el aliento ya le olía a alcohol.

»Esa noche, Weeks regresó al pueblo en el último tren, como de costumbre. Cuando se bajó en el andén de Whitestone, se encontró la estación desierta, como era habitual. Y en cuanto se dio la vuelta, se topó con aquel fantasma, que gemía y pronunciaba su nombre mientras se acercaba directamente a él. Pero ese día Weeks había comprado una pistola en la ciudad. En eso consistía su plan. Entonces, sacó el arma que llevaba guardada en la chaqueta, disparó cuatro veces y, al instante, el fantasma cayó al suelo del andén.

—¿Se puede matar a un fantasma? —preguntó Jim.

—De dos metros y medio de altura —añadió Mary.

—No era un fantasma —respondió la yaya—. Era su esposa que iba cubierta con una sábana, y caminaba sobre unos zancos. Quería asustar así a su marido para que llegara a casa a la hora y no bebiera por el camino. Sin embargo, solo consiguió que la matara.

—¿Lo arrestaron por asesinato? —pregunté.

—No —contestó la yaya—. Lloró amargamente en cuanto descubrió que se trataba de su esposa. Cuando la policía concluyó la investigación y se demostró que había actuado en legítima defensa, se fue de casa y abandonó a su hija Louqueer. Se fue a vivir como un ermitaño a una cueva situada en un campo de espárragos en las

afueras de la ciudad. No recuerdo exactamente por qué lo acabaron apodando Bedelia. Los niños solían acercarse a la cueva y gritar: «¡Bedelia, venimos a robarte!», y echaban a correr en cuanto aquel ermitaño salía a perseguirlos. A Louqueer la enviaron a un orfanato y nunca la volví a ver.

—¿Qué le pasó al ermitaño? —preguntó Jim.

—Durante un invierno muy crudo, alguien lo encontró completamente congelado en medio de aquel campo donde se encontraba su cueva. En la primavera, lo enterraron ahí mismo, entre los espárragos.